

Anochece. Una bruma violeta hace vagos
El aprisco y la torre, la montaña y los lagos...
Sofocados de dicha, de fragancias y trinos,

Ella calla y apenas él suspirala : ¡ Oh Cloe !
Mas de pronto se abrazan al sentir que un oboe
Interpreta fielmente sus silencios divinos !

LAS MADRES

Verde luz y heliotropo en los amplios confines...
El cielo, paso á paso, deviénese incoloro ;
En la fuente decrepita iza un iris canoro
La escultura musgosa de los cuatro delfines.

Suena, de roca en roca, sus cándidos trintrines
La vagabunda esquila del rebaño, y en coro,
Ante Dios que retumba en la tarde, urna de oro,
Los charcos panteístas entonan sus maitines.

Y á grave paso acuden, por los senderos todos,
Gentes que rememoran los antiguos exodos :
Mujeres matronales de perfiles oscuros,

Cuyas carnes á trébol y á tomillo trascienden,
Ostentando el pletórico seno de donde penden
Sonrosados infantes, como frutos maduros.

LOS CARROS

Mucho antes que el agrio gallinero, acostumbra
Á cantar el oficio de la negra herrería,
Husmea el boticario, abre la barbería . . .
En la plaza hay tan sólo un farol (que no alumbra).

Á través de la sórdida nieve que apesadumbra,
Los bueyes del cortijo aran la cercanía,
Y en gesto de implacable mala estación, el guía
Salpica de improperios rurales la penumbra.

Mientras, duerme la villa señorial... Los amores
De la fuente se lavan en su mármol antiguo;
Y bajo el candoroso astro de los pastores,

Ungiendo de añoranzas el sendero contigo,
Pasan silbidos lentos y aires de tiempo ambiguo,
En tintinambulantes carros madrugadores.

LA DICHA

Todas — blancas ovejas fieles á su pastora —
Recogidas en torno del modesto santuario,
Agrúpanse las pobres casas del vecindario,
En medio de una dulce paz embelesadora.

La buena grey asiste á la misa de aurora...
Entran gentes oscuras, en la mano el rosario;
Bendiciendo á los niños, pasa el pulcro vicario
Y detrás la llavera, siempre murmuradora...

Se come el santuario musgoso la borrica
Del doctor, que indignado un sochantre aporrea.
Transparente, en la calle principal, la botica

Sugestiona á las moscas la última panacea.
Y al «ras» de su cuchillo cirujano, platica
El barbero intrigante: folletín de la aldea.

BUEN DÍA

«Do re mi fa» de un piano de vidrio en el follaje...
Regálase la brisa de un sacro olor á hinojos;
Y protegiendo el dulce descanso del villaje,
Vela el paterno cielo con un billón de ojos...

Lumbres en la montaña vuelcan sobre el paisaje
Claroscuros cromáticos y vagos infra-rojos;
Pulula en monosílabos crescendos un salvaje
Rumor de insectos; ladran perros en los rastros.

De súbito, el sereno, en trasnochado canto,
Pregona : « Son las cinco ! » Tal como por encanto,
De gárrulas comadres y vírgenes curiosas,

Reviven los umbrales ; y noche todavía,
Cruzan de boca en boca los ingenuos : « buen día »,
Como hilos de alegre rocío entre las rosas.

EL SECRETO

Se adoran. Timo atiende solícita al gobierno
De su casuca blanca. Bión, á sus pocas reses.
Y bajo la tutela de días sin reveses,
Amor retoza y medra como un cabrito tierno.

Con casta dicha, Timo, en el claustro materno,
Siente latir un nuevo corazón de tres meses...
Y sueña, en sus oscuros arrobos montañeses,*
Que la penetra un rayo del Dinamismo Eterno.

Ante el amante, presa de ardores purpurinos,
Se turba y el secreto tiembla en sus labios rojos:
Huye, torna, sonríe, se oculta entre los pinos...

Bión calla, pero apenas descifra sus sonrojos,
La estrecha, y en un beso pone el alma en sus ojos
Donde laten los últimos ópalos vespertinos.

EL DOMINGO

Te anuncia un ecuménico amasijo de hogaza,
Que el instinto del gato incuba antes que el horno.
La grey que se empavesa de sacrilego adorno,
Te sustancia en un módico pavo real de zaraza...

Un rezongo de abejas beatifica y solaza
Tu sopor, que no turban ni la rueca ni el torno...
Tú irritas á los sapos líricos del contorno;
Y plebeyo te insulta doble sol en la plaza...

Oh Domingo! La infancia de espíritu te sueña,
Y el pobre mendicante que es el que más te ordeña...
Tu genio bueno á todos cura de los ayunos,

La Misa te prestigia con insignes vocablos,
Y te bendice el beato rumiar de los vacunos
Que sueñan en el tímido Bethlem de los establos!...

PANTEO

Sobre el césped mullido que prodiga su alfombra,
Job, el Mago de acento bronco y de ciencia grave,
Vincula á las eternas maravillas su clave,
Interroga á los astros y en voz alta les nombra...

Él discurre sus signos... Él exulta y se asombra
Al sentir en la frente como el beso de un ave,
Pues los astros le inspiran con su aliento suave:
Y en perplejas quietudes se hipnotiza de sombra.

Todo lo insufla. Todo lo desvanece: El hondo
Silencio azul, el bosque, la Inmensidad sin fondo...
Trasubstanciado él siente como que no es el mismo,

Y se abraza á la tierra con arrobó profundo...
Cuando un grito, de pronto estremece el abismo:
Y es que Job ha escuchado el latido del mundo!

LA MISA CÁNDIDA

Jardín de rosa angélico, la tierra guipuzcoana!
Edén que un Fra Doménico soñara en acuarelas...
Los hombres tienen rostros vírgenes de manzana,
Y son las frescas mozas óleos de antiguas telas.

Fingen en la apretura de la calleja aldeana,
Secretarse las casas con chismosas cautelas.
Y estimula el buen ocio un trin-trin de campana,
Un pum-pum de timbales y un fron-fron de vihuelas.

Oh campo siempre niño! Oh patria de alma proba!
Como una virgen, mística de tramonto, se arroba...
Aves, mar, bosques: todo ruge, solloza y trina

Las Bienaventuranzas sin código y sin reyes...
Y en medio á ese sonámbulo coro de Pallestrina,
Oficia la apostólica dignidad de los bueyes!

LA ZAMPOÑA

Lux no alisa el corpiño, ni presume en la moña;
Duda y calla cruelmente, y en adustos hastíos
Sus encantos se apagan con dolientes rocíos,
Y su alma en precoces desalientos, otoña.

Job también hace tiempo receloso empozña
Sus ariscos afectos con presuntos desvíos.
Y á la luna y durante los ocasos tardíos,
Da en contar sus dolencias á la buena zampona.

En casa, las amigas de Lux le hacen el santo,
La obsequian y la adulan... Bulle la danza, en tanto
Lux ríe. Su hermosura esa noche destella...

Mas de pronto se vuelve con nervioso desvelo,
La cabeza inclinada y los ojos al cielo,
Pues ha oído que llora la zampoña por ella!

LA ESCUELA

Bajo su banderola pertinente, la escuela
Bate con alerías de gorrión lugareño;
Y chatos de modorra, endosados á un leño,
Unos tristes jamelgos dicen la clientela...

Desde el pupitre, rígido el preceptor recela
Por el decoro unánime... más, estéril empeño,
Amasando el «morrongo» cabecea su sueño,
Lo que escurre conatos sordos de francachela.

Entona su didáctica de espesas digestiones,
Á cada rato un riego enorme de oraciones...
Aunque, á decir lo justo, su ciencia es harto exigua,

La palmeta y la barba le hacen expeditivo...
Y entre la grey atónita, domine equitativo,
Rebaña su mirada llena de luz antigua.

GALANTERÍA INGENUA

Á través de la bruma invernal y del limo,
Tras el hato, Foneo cabra la senda terca ;
Mas de pronto, un latido dícela que él se acerca...
Y en efecto oye el silbo de Melampo su primo.

Á la llama, el coloquio busca sabroso arrimo ;
Luego inundan sus fiebres en la miel de la alberca ;
Hasta que la incitante fruta de agena cerca
Les brinda la luz verde dulce de su racimo.

Después ríen... de nada! para qué tendrán boca?
Y, por fin — Dios lo quiso — él, de espaldas la choca
Y la estriega y la burla, ya que Amor bien maltrata...

Y ella en púdicas grimas, con dignidades tiernas
De doncellez, se frunce el percal que recata
La primicia insinuante de sus prósperas piernas...

EL GUARDABOSQUE

La mesnada que aulle ó la sierpe se enrosque,
Vela impávido, y sólo que un mal sueño lo exija,
Suspícaz como un gato, duérmese el guardabosque
Con su brazo de almohada y el buen sol por cobija...

Él se mira en su selva como un padre en su hija.
Y aunque cruja la nieve y aunque el cielo se enfosque
La primera instantánea del Oriente lo fija
Como á un genio hierático, Sacerdote del bosque.

Los Domingos visita la cocina del noble,
Y al entrar, en la puerta deja el palo de roble.
De jamón y pan duro y de lástimas toscas

Cuelga al hombro un surtido y echa á andar taciturno ;
Del cual comen, durante la semana por turno :
Él, los gatos y el perro, la consorte y las moscas...

EL BAÑO

Entre sauces que velan una anciana casuca,
Donde se desvistieran devorando la risa,
Hacia el lago, Foloe, Safo y Ceres, de prisa
Se adelantan en medio de la tarde caduca.

Atreve un pie Foloe, bautízase la nuca
Y ante el espejo de ámbar arróbase indecisa ;
Meneando el talle, Safo respinga su camisa
Y corre, mientras Ceres gatea y se acurruca...

Después de agrías posturas y esperezos felinos,
Gimiendo un ¡ay! glorioso se abrazan á las ondas,
Que crisperse con lúbricos espasmos masculinos...

Mientras, ante el misterio de sus gracias redondas,
Loth, Febo y David, púdicos tanto como ladinos,
Las contemplan y pálidos huyen entre las frondas.

EL LABRADOR

Cual si pluguiese al Diablo — vaya un decir — engorda
El granero vecino con la triple cosecha...
Y aunque él jura y zuequea, esta arcilla maltrecha
Sigue siendo madrastra ó que realmente es sorda...

Mas con todo : « ¡ Aire rubios ! » — tesonero barbecha,
Y bien que el medro esquivo no es una vaca gorda,
Á Dios gracias la era patrimonial desborda...
Cuanto para ir capeando la estación contrahecha.

Y mientras el probable rendimiento calcula,
 Con un pan de la vispera entretiene su gula...
 Sabe un gusto á consorte en la masa hartó linda,

Por lo cual en domésticas bendiciones se arroba...
 Y con ojos de humilde Lázaro, el terranova
 Atisba las migajas que á intervalos le brinda.

LA GRANJA

Monjas blancas y lilas de su largo convento,
 Las palomas ofician visperas en concilio,
 Y ante el Sol que, custodia regia, bruñe el idilio,
 Arrullan al milagro vivo del Sacramento...

Una vil pesadumbre, solemne en su aspaviento
 Suntuoso, ubica el pavo: Gran Sultán en exilio...
 El disco de los cisnes sueña Renacimiento,
 Mármoles y serenos éxtasis de Virgilio.

Con pulida elegancia de Tenorio en desplante,
 Un Aramis erótico, fanfarrón y galante,
 El gallo erige... Oh huerto de la dicha sin fiebre!

No faltan más que el agua bendita y el hisopo,
 Para mujir las cándidas consejas del pesebre
 Y cacarear en ronda las fábulas de Esopo.

OTOÑO

La druídica pompa de la selva se cubre
 De una gótica herrumbre de silencio y estragos;
 Y Cibeles esquiva su balsámica ubre,
 Con un hilo de lágrimas en los párpados vagos...

Sus cabellos de místico azafrán llora Octubre
 En los lívidos ojos de muaré de los lagos.
 Las cigüeñas exodan. Y los buhos aciagos
 Ululúan la mofa de un presagio insalubre...

Tras de la cabalgata de metal, las traillas
Ladran á las casacas rojas y á las hebillas...
El cuerno muje. Todo ríe de austera corte.

El abuelo Silencio trémulo se solaza...
Y zumba la leyenda ecuestre de la caza,
En medio de un hierático crepúsculo del Norte.

EL MONASTERIO

Á una menesterosa disciplina sujeto,
Él no es nadie, él no luce, él no vive, él no medra.
Descalzo en dura arcilla, con el sayal escueto,
La cintura humillada por borlones de hiedra...

Abatidos en sus muros de rigor y respeto,
Ni el alud, ni la peste, sólo el Diablo le arredra;
Y como un perro huraño, él muerde su secreto,
Debajo su capucha centenaria de piedra.

Entre sus claustros húmedos, se inmola día y noche
Por ese mundo ingrato que le asesta un reproche...
Inmóvil ermitaño sin gesto y sin palabras,

En su cabeza anidan cuervos y golondrinas,
Le arrancan el cabello de musgo algunas cabras
Y misericordiosas le cubren las glicinas.

LA CÁTEDRA

De pie, entre sus discípulos y las torvas montañas,
El Astrónomo enuncia todo un óleo erudito,
Él explica el pentágrama del Arcano Infinito,
El amor de los mundos y las fuerzas extrañas...

Con preguntas que inspiran las nocturnas campañas,
Lo sumerge en hipótesis el pastor favorito.
El misteria, y de nuevo, en un gesto inaudito,
Lo Absoluto discurre por sus barbas hurañas.

De pronto, suda y tiembla, pálido ante el Enigma...
El eco que traduce una burla de estigma,
Le sugiere la estéril vanidad de su ciencia.

Su voz, como una piedra, tumba en la inmensa hora...
Arrodillase, y sobre su contrita insolencia
Guiña la eterna y muda comba interrogadora.

ÉXTASIS

Bión y Lucina, émulos en fervoroso alarde,
Permútanse fragantes uvas, de boca á boca ;
Y cuando Bión ladino la ebria fruta emboca
Finge para que el juego lánguido se retarde...

Luego ante el oportuno carillón de la tarde,
Que en sus almas, perdidas inocencias evoca,
Como una corza tímida tembla el amor cobarde,
Y una paz de los cielos el instinto sofoca...

Después de un tiempo inerte de silencioso arrimo,
En que los dos ensayan la insinuación de un mimo,
Ella lo invade todo con un suspiro blando ;

Y él, que como una esencia gusta el sabroso fuego,
Raya un beso delgado sobre su nuca, y ciego
En divinos transportes la disfruta soñando !

ILUMINACIÓN CAMPESINA

Alternando á capricho el candor de sus prosas,
Ruth sugiere á la cítara tan augustos momentos !
Y Fanor en su oboe de aterciopelamientos
Plañe bajo el ocaso de oro y de mariposas...

Ante el genio enigmático de la hora, sedientos
De imposible y quimera, en el aire de rosas,
Ponen largo silencio sobre los instrumentos,
Para soñar la eterna música de las cosas.

Largas horas, en trance de eucarísticos miedos,
 Amortiguan los ojos y se enlazan los dedos...
 —Dulce amigo!—ella gime, y Fanor :—Oh mi amada!

Y la noche inminente lame sus mansedumbres...
 De pronto, como bajo la varilla de un hada,
 Fuegos, por todas partes, brotan sobre las cumbres.

1904

ΑΙ, ΑΙ, ΑΙ, ΑΙ,
 ΦΕΥ, ΦΕΥ, ΔΥΣΤΑΝΟΣ ΕΓΩΨΟΙ ΓΑΣ
 ΦΕΡΟΜΑΙ ΤΑΑΜΩΝ; ΠΑ ΜΟΙ ΦΘΟΓΤΑ
 ΠΕΤΑΤΑΙ ΦΟΡΑΔΗΝ;
 ΣΟΦΟΚΛΗΣ.